

El techo del dinero

La promoción de la persona humana. La justicia para todos en el mundo. ¿Es un ideal realizable o una utopía? ¿Llegaremos alguna vez a ese noble sueño de tantos nobles corazones? Unos quieren que vayamos paso a paso, con tesón y sin desmayo, con una esperanza encandilada. ¿Y llegaremos, por fin, a esa meta de ilusiones? ¿No será un marchar siempre adelante, pero sin arribar nunca? Para otros no hay esperanza, a no ser que un estrepitoso temblor de tierra lo allane todo. Sólo entonces se abajarán los montes y emergerán los valles. Sólo entonces tendremos una justicia niveladora, condición indispensable para la promoción de los hundidos o de los marginados. Creen que es necesario lanzarse sin escrúpulos a la violencia. Pero la violencia amontona escombros. La violencia, como un animal fantástico de vientre parturiento, engendra dragones. Retrocedemos a la selva, donde lobos enloquecidos se acometen mutuamente a dentelladas. ¿Los crematorios hitlerianos, las fosas de Katyn, las matanzas de Burundi o el «napalm» sobre el Vietnam nos han ido acercando a la justicia? ¿La promoción humana es inconcebible sin la sangre? ¿La Historia no se mueve sino sobre la rueda de la guerra? Como si a una fatalidad demoníaca le hubiera sido otorgado el poder de cambiar de sitio los peones en este maldito tablero de la Historia.

Por las buenas o por las malas, a ritmo pacífico o a ritmo de sangre, el problema se plantea en la perspectiva de un cambio de las estructuras socio-políticas. Están sobre el palenque, disputándose el mundo, la estructura capitalista y la estructura socialista. En el centro, como demiurgo, el becerro de oro. Sin sus embestidas, nuestra sociedad de producción y de consumo no avanza. Cuando menos desde un punto de vista cristiano, se piensa en un socialismo no marxista; es decir, en un socialismo depurado de su ganga materialista y atea. El capitalismo como sistema dicen que es intrínsecamente injusto, y probablemente lo es, si se le permite avanzar hasta sus últimas consecuencias. Como el socialismo puede avanzar y de hecho vemos que avanza hasta el materialismo dialéctico y hasta la negación de lo trascendente. Es el mundo económico y, en consecuencia, el mundo social y político donde se juegan bazas contradictorias. A mí

J. M. G.

se me ocurre (y no sólo a mí) que podemos prescindir de las estructuras. Ellas no serán, en definitiva, sino lo que sean los hombres que las manejan y las promueven. Yo me contento con algo que quizá sea más sencillo, pero con algo que ha de ser indispensable en cualquier estructura. Es lo que yo llamo «el techo del dinero». A fin de cuentas, se trata en este caso del dinero, como instrumento de toda posible promoción humana. Y me refiero al dinero que le ha de ser permitido a cada uno para su empleo personal y exclusivo, salvo casos de emergencia. Dada la innata condición del hombre y su indeclinable ímpetu ascensional, hay que partir de una base estimulante, que podemos contabilizar en dinero. Sin ese estímulo a la ascensión personal, el hombre normalmente no actúa según su capacidad de rendimiento. A no ser por la fuerza, y la fuerza es la negación misma de la libertad humana. Pero a esa su ascensión, y en atención al bien de todos, hay que ponerle un techo infranqueable. Más arriba, a nadie le ha de ser lícito subir económicamente, puesto que los bienes económicos son limitados. Como se calculan los salarios mínimos, habrá que calcular también los techos máximos. Los excedentes han de revertir a la sociedad, de una forma o de otra, para una distribución congruente y planificada. Y esto ha de valer dentro de cada pueblo y también dentro del consorcio universal de los pueblos.

En una palabra, la producción y el trabajo han de ser exigidos inexorablemente a todo el que sea capaz de trabajar. Pero el trabajo requiere, para que rinda en proporciones humanas, un estímulo congruente. Y el estímulo requiere un techo-tope, para que no sean posibles los acaparamientos económicos.

J. M. G.